

PRÓXIMO NÚMERO: La sentimental novela

LA CAMA DE ORO

Creación de los célebres artistas Lillian Rich,
Rod La Rocque, Vera Reynolds, Warner
Baxter, Theodore Kosloff, etc.

GRAN ASUNTO

Postal-fotografía regalo: PHILLIS HAVER

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles. Precio 25 céntimos.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

LEA Y RECOMIENDE

SIN FAMILIA

por LESLIE SHAW

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

MAÑANA SE PONDRÁ A LA VENTA

el libro 68 de la Biblioteca LOS GRANDES FILMS

de La Novela Semanal Cinematográfica

LA FAVORITA DE LA LEGION

Sublime creación de la bellísima estrella

GLORIA SWANSON

Éxito descomulgado

Sea Vd. coleccionista de LOS GRANDES FILMS.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

J. Horta, impresor.-Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 264

25 cts.



LA
MODISTA DE PARÍS

POR
LEATRICE JOY
ERNEST TORRENCE

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 264

LA MODISTA DE PARIS

Sentimental comedia dramática, interpretada
por los célebres artistas

Leatrice Joy, Mildred Harris, Ernest Torrence,
etc.

Es una Película PARAMOUNT

Distribuída por

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JOSEPH SCHILDKRAUT



LA MODISTA DE PARIS

Argumento de la película

Estamos en París, en los luctuosos días de 1918. Las fuerzas expedicionarias norteamericanas hace poco han desembarcado en el país galo y han sido distribuídas, según el frente que tienen que cubrir, por diferentes sitios del territorio.

El 31 de Infantería desembarcó en El Havre, y se encuentra en París, de paso para la Lorena, donde ha sido destinado. En la villa "Lumière" los soldados de este Regimiento hace unos días campean a sus anchas, olvidado por completo el peligro que correrán dentro de breves días, gracias al talle gentil y las bien torneadas pantorrillas de las auténticas "midinettes".

El que más y el que menos todos sueñan con una aventura. Y es que en América y en las cuatro restantes partes del

globo se considera que una aventura con una parisiense es algo grande y maravilloso, que no puede uno mismo explicarse, como tampoco puede explicarse las figuras plásticas y las visiones de la imaginación el fumador de opio.

Billy Brent, Teniente del 31 de Infantería, es un muchacho alto, guapo, simpático, y con un minúsculo y bien recortado bigote que es el complemento para que su persona sea justamente admirada por el elemento femenino. Paseando su ociosidad y dando completo gusto y satisfacción a sus ojos, hallábase en uno de los más céntricos bulevares, cuando adivinó que allí tenía la ocasión que tanto anhelaba, la esperada aventura.

Clara Colette, una linda modistilla de un gran establecimiento de modas, con el semblante alterado, y a la vez muy compungida, reclama la devolución de un paquete que un ratero le ha hurtado. Billy, que es hombre de mundo, procura por todos los medios tranquilizar a la inquieta joven, consiguiéndolo después de poner en práctica todos los sistemas de persuasión.

A Billy le han causado más impresión de lo que él mismo supone la gentileza y donosura de Clara.

La invita a dar un paseo por el "Bois de

Boulogne”, lo que es aceptado por Clara, tanto por calmar la excitación que le ha



Clara Colette, una linda modistilla de un gran establecimiento de modas... LEATRICE JOY.

producido el percance, como... porque el oficial en cuestión es “su tipo”.

La ingenuidad de Clara hace que cuente al joven oficial sus deseos y sus aspiraciones, con una naturalidad tan grande como

si toda la vida se hubiesen conocido. Su sueño dorado es llegar a tener un día una casa de modas donde su imaginación fértil pueda llevar a la práctica y hacer una realidad los modelos que idea y que hoy no son más que una fantasía.

Una hora después, nadie diría que son dos seres que acaban de conocerse. Se miran a los ojos, dulcemente, sabrosamente.

—¿Cómo se llama usted?

—Clara... ¿Y usted?

—Billy.

La chispeante modistilla le encontró en seguida la frase más adecuada:

—¡Oh! Monsieur Bilí... Veni, vidi, vici.

Los dos rieron la ocurrencia.

Continuó con sus muestras de buen humor, hablando y riendo sin cesar, y siendo el encanto del oficial de infantería.

—¡Qué simpático es mi París!... ¿No le gusta a usted, Monsieur Bilí?

Parecía que ya no tenía palabras. Tan sólo le respondió con una sonrisa de complacencia.

—Monsieur Bilí. ¿No se siente usted feliz entre tanta gente feliz? —díjole, mientras señalaba la gran concurrencia que a aquella hora paseábase por el “Bois”, y

formada en su mayor parte por alegres parejas.

—No del todo... Mañana salgo para las trincheras y... ¡quién sabe la suerte que



Una hora después, nadie diría que que son dos seres que acaban de conocerse.

me espera! ¡Quizás no volvamos a vernos más!

Un infeliz mutilado se cruzó ante ellos. En su desgracia, que la guerra le había ocasionado, se dedicaba a vender amuletos que preservaban de las balas...

Clara adquirió uno, que eran dos mu-

ñequitos de trapo que formaban una graciosa parejita, y se lo regaló a Billy.

—Dicen que traen la buena suerte, y que nada malo le ocurrirá a la persona que los lleva encima.

Más horas, hasta el anochecer, estuvieron juntas aquellas almas, adentrándose cada vez más una en la otra.

Clara y Billy se habían hecho un juramento, y aunque a algunas personas timoratas les parezca que el amor en este caso era prematuro, podemos afirmar que aquel juramento era hijo de los más puros latidos de su corazón y de las vibraciones más sentimentales de su alma.

*
**

1925. Olvidada la guerra, y, con ella, tantas otras cosas, Clarion, una pequeña ciudad del Estado de Illinois, había vuelto a su antigua existencia tranquila y reposada.

El más importante comercio de la localidad, "El Emporio", había sido fundado allá por el 88 por Augus Mc. Gregor y John Brent, habiendo pasado la parte de éste, en su fallecimiento, a Billy, su hijo y único heredero.

De manera que transcurridos unos años desde que le viéramos en París, camino de las trincheras, hoy nos hallamos nuevamen-

te con el apuesto oficial, solamente que no lo encontramos de uniforme, sino transformado en un comerciante.

El viaje a Europa y los que con mucha frecuencia ha hecho a Nueva York, Filadelfia y Chicago, diéronle idea de que era preciso adoptar nuevos sistemas de venta en "El Emporio" y desechar por ineficaces los antiguos y rutinarios que hasta entonces se llevaban a la práctica.

August Mc. Gregor, el socio principal de la casa, decía que aunque sus procedimientos fueran legendarios, con ellos habíase sostenido siempre la prosperidad.

—Reconozco, no obstante — decía en cierta ocasión —, que de algo extraordinario deben valerse estos dos o tres mequetrefes que han hecho su nombre populoso en poco tiempo... Pero, vamos, no estoy dispuesto a adoptar ningún sistema que signifique desembolso de dólares.

August era todo un carácter. No hubiera cejado por nada del mundo. La única debilidad que tenía era su hija Juanita que según decía a sus propios había salido de un soplo que dió Dios a una flor.

Y así debía ser. Grácil, bella y con una ondulante cabellera de oro, parecía en efecto un ser angelical.

Instada por su padre, había consentido

en tener noviazgo formal con Billy, desde que éste quedó dueño de inmensa fortuna y socio de "El Emporio".

Por su parte Billy habíase dejado arrastrar por aquel cariño, merced a una fuerza tan poderosa como es en nosotros la costumbre. Desde pequeños habíanse criado juntos, juntos pasaron los felices días de la pubertad, y les parecía que juntos debían pasar el resto de su vida...

Pero la verdad era que Juanita Mc. Gregor nunca "le había dicho" a él nada. No le había hecho vibrar sus fibras, no le había hecho desear la emoción del placer como aquella modistilla de París, por ejemplo...

El padre de Juanita tenía que ir unos días a un pueblecito inmediato, a pasarlos de asueto y hacer reposar su cabeza del trágico de todo el año. El día de la marcha, muy esperado por cierto por Billy, éste le dijo a su novia:

—Espera y verás las cosas que hago para hacer prosperar el negocio la temporadita que tu padre esté en la casa de campo.

Entraba en aquel momento el subgerente de "El Emporio" y le llamó para darle a conocer sus propósitos. Era Allan Stone un muchacho moreno, de estatura regular, pero fuerte, y muy inteligente. Estaba per-

didamente enamorado de la hija del jefe. Encontrábase ahora cada día más cohibido ante éste. Por un lado, la sempiterna diferencia de clases, que le impedía manifestar públicamente sus intenciones; por otro, el compromiso que él sabía ya estaba contraído con Billy...

...Pero lo más grande del caso no era aquello ni esto, sino que habiéndole insinuado a Juanita con todo el posible disimulo sus quereres, supo por su propia boca que ésta le correspondía, lo cual le llenó de inefable gozo.

Cuando Allan Stone se unió a Juanita y a Billy, éste, sonriente, dijo al primero:

—Vamos a aprovechar la ausencia del señor Mc. Gregor para cambiar la tienda por completo. Nuestros métodos son muy anticuados.

—No es mala idea... De momento, lo que más nos conviene es tener un buen surtido de trajes elegantes para señora. Pues no hay que olvidar que las mujeres son nuestros mejores clientes.

—Precisamente acabo de tener noticia de una célebre modista parisién, que se halla en viaje de propaganda exhibiendo unos modelos que son el furor de la temporada...

Instó a Juanita y a Stone para que le acompañaran a su despacho donde podría

mostrarles diferentes recortes de periódicos de Nueva Jersey, Nueva York y Chicago, donde se hallaba actualmente, los cuales no regateaban sus felicitaciones, por



... supo por su propia boca que Juanita le correspondía.

el clamoroso éxito obtenido, a la genial modista.

—¿Por qué no la invitas a venir a Clarion? Aprovecharíamos, además, su estancia, para encargarle mi equipo de novia.

Estas últimas palabras las pronunció

Juanita con tal desgana, que por poco hace soltar las lágrimas de los ojos de Stone.

La idea fué por todos bien acogida; y seguidamente se escribió una carta a Madame Louise, Chicago, para que accediera a presentar la colección de modelos que traía, en Clarion, establecimiento "El Emporio", quedando de antemano aceptadas las condiciones y la cantidad que estipulara.

Firmó: Guillermo Brent.

**

Al día siguiente por la tarde, en el taller de Madame Louise, en la Avenida de Michigan de Chicago, hallábase ésta con su apoderado Armando Defaure, despachando la correspondencia.

Recibíanse un sin fin de ofertas para trasladarse a distintos puntos de la Unión, con el fin de presenciar aquella magna manifestación del arte del vestuario femenino.

—Un telegrama de Pittsburgo... Desean que vaya allí a organizar otra exhibición de modelos.

—¿Pittsburgo? ¡Hay demasiado humo! La última vez que estuve allí apenas nos veíamos.

—Un establecimiento de Ashtábula, en Alaska, solicita otra exhibición...

—¿En Alaska? Van a tener mucho frío si no se ponen más ropa que la que lleva alguno de mis modelos...

—Y aquí una carta de Clarión...

—¿De Clarión? ¡A ver! — dijo con cierta emoción.

La leyó una y otra vez. Al ver la firma hizo una suspensión.

Repúsose en seguida, y llena de alegría exclamó:

—Mándeles un telegrama, diciendo que salimos para Clarión inmediatamente.

Luego hizo saber a todas sus modelos:

—¡Vamos a la ciudad más simpática del mundo! ¡Oh, Clarión! ¡Illinois!

Tú, pizpireta y perspicaz lectora, habrás adivinado, sin duda alguna, ante los transportes de alegría de Madame Louise, que ésta no es otra que Clara, la gentil midinette que un día lejano hiciera suspirar de amor a Billy, allá en el frondoso "Bois de Boulogne"...

**

Los locales que ocupan los grandes almacenes "El Emporio" resultan hoy insuficientes, pues ha habido necesidad de desalojar el más espacioso y repartir las secciones que estaban en éste con las demás.

Billy Brent ha conseguido lo que pretendía de que vinieran Madame Louise y sus modelos para hacer una exhibición en Clarión.

Los gastos que le ocasiona tal empresa son cuantiosos y elevados. De momento ha hecho construir a toda prisa un escenario, lujoso y excelentemente decorado e iluminado, en el amplio local que desalojara. Y después, aparte de la fabulosa remuneración exigida por la célebre Madame Louise, los crecidos gastos que su desplazamiento exige.

Y para final de todo, la propaganda. Una propaganda como seguramente no se ha visto en ningún centro por muy comercial e industrial que sea. Por todas partes carteles y luminosos anunciando el fausto acontecimiento. Invitaciones a lo más selecto de la sociedad de toda la región. Y lo más extraordinario, lo nunca visto, adornadas las calles por donde debían pasar los maniqués vivientes de Madame, para trasladarse desde la estación a los establecimientos "El Emporio", que sería lo primero que visitaría. En toda la carrera podían verse adosados a los árboles unos enormes carteles, que rezaban:

"Id todos a recibir
a la modista de París "

y a la entrada de la estación, dos más, descomunales y en los que podía leerse: "París; Clarión, tu único rival, te saluda" y otro:

"Clarión te da la bienvenida."

El entusiasmo que todo esto produjo en la localidad es indescriptible.

Clarión despertóla a una vida nueva, gracias a la feliz iniciativa de Billy Brent.

Aquella mañana, Juanita y Billy hallábanse en la tienda comentando el éxito ruidoso que ya habían obtenido las nuevas fórmulas impuestas por éste, y el gran acontecimiento de la tarde: la llegada de Madame Louise.

—Sería una lástima que papá no llegase a tiempo.

—Dios nos coja confesados si es que llega a tiempo.

Y a tiempo llegaba. En aquel momento acababa de regresar a la ciudad. Habíase extrañado de tanto preparativo como había visto, pero lo que más sensación le produjo fué ver los cambios que en pocos días habían sufrido las diferentes secciones de la casa, y sobre todo la rebaja considerable que veía marcada en el precio de algunos géneros.

—¿Qué significa esto?

—...

—¡Medias a mitad de precio! ¡Abrigos regalados! ¡Esto es espantoso! ¡Será nuestra ruina!

—...

—¡Regalar los mejores géneros de mi tienda! ¡Habrás visto atrevimiento!

—...

Nadie se atrevió a responder a sus excitados lamentos. Por fin le indicaron unos dependientes que Billy, el autor de aquellas y otras innovaciones, hallábase en su despacho. Allí dirigió sus pasos, furioso cual un tigre.

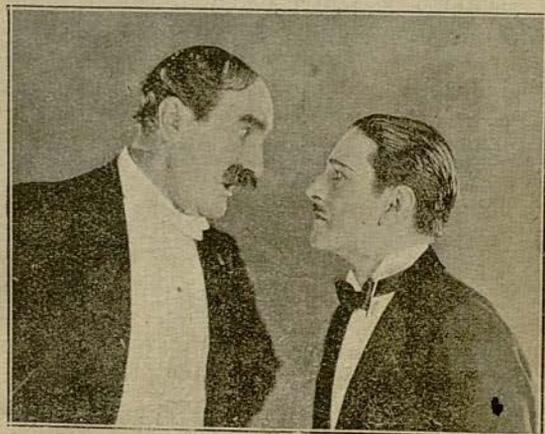
Cuando se vió ante él, abocó un repertorio que hacía años debía tener guardado, y acabó por escupirle estas palabras:

—¡Vergüenza me da pensar que he sido yo quien persuadió a mi hija que debía casarse con un hombre como usted!

Pero lo que colmó su furor fué el tener conocimiento de la venida de Madame Louise, y los gastos fantásticos que esto había ocasionado.

Algo horrible, cruel, debía haber sucedido entonces a no ser la llegada oportuna del alcalde de Clarión. Había llegado en conocimiento del Ayuntamiento el esfuerzo realizado por los Almacenes "El Emporio", y habíanse enterado además de que la famosa Madame Louise había rehusado acep-

tar la invitación de otras ciudades de mayor renombre e indudablemente más poderosas que Clarión, lo cual redundaba todo a favor del buen nombre y mayor prestigio de ésta.



—¡Vergüenza me da pensar que he sido yo quien persuadió a mi hija que debía casarse con un hombre como usted!

—Señor Mac Gregor; ¿podría usted decirme a quién se debe esta excepcional exhibición de modas en Clarión?

—A... a... a mí... —respondió vacilante.

—¡Cuánto me alegro! No hay una sola

ciudad en el Estado que no haya tratado de hacer lo mismo, y sólo usted, Angus Mc. Gregor, lo ha logrado.

Quedó pasmado. Más aún cuando oyó que el alcalde seguía hablando:

—Vamos a convertir la exhibición de modas en un acontecimiento... El Ayuntamiento irá, en corporación, a la estación a recibir a Madame Louise.

Se le hacía un nudo en la garganta a Angus. Jamás podía sospechar que aquello pudiera darle tanta popularidad, pero... ¿y dolores?

*
**

Aquella tarde congregóse en la estación todo el elemento viviente de la ciudad. La entrada del convoy en el andén fué enorme de excitación y júbilo. Hombres y mujeres aplaudían y coreaban la alegre marcha que tocaba la Banda Municipal de Clarión. Detúvose el convoy y a los acordes de ésta, una a una, fueron descendiendo las bellas modelos, moviendo su cuerpo cadenciosamente y haciendo taconear estudiadamente sus menudos zapatitos contra el suelo.

Un apagado murmullo de admiración. Era del elemento masculino que no se atrevía a exteriorizarse por el consiguiente pánico a las respectivas madres y consortes...

Un fuerte rumor de desprecio... y de envidia. Eran las antiguas — aunque jóvenes — damas de la ciudad que reprobaban la falda corta y la media de seda...

Pero todas las miradas convergían a un mismo punto: al estribo del vagón por donde descendían y se renovaban unos pies menuditos, sobre los que se asentaban unas primorosas pantorrillas y grácil y delicado cuerpo de biscuit...

Y Madame no aparecía. El joven Brent decidió ir en persona a buscarla y hacer la presentación a la ciudad. Subió al vagón y tuvo la formidable sorpresa de hallarse cara a cara ante su novia un día, novia de un día en París.

La tenía muy grabada en su mente para que se le hubiera despintado así como así. Ahora no era una chiquilla, era ya una mujercita; no en vano habían transcurrido siete años; pero la encontró más apetitosa, más rica... Los rubios cabellos parecieronle hoy destellos de diamante; la blancura de su faz, un lirio, al que manos divinas hubieranle puesto un par de carbunclos por ojos y las más escogidas fresas para boca...

Los breves momentos que estuvieron solos puede decirse que ninguna palabra cruzaron, aunque sí muchas cosas se dijeron

con los ojos y con la boca, con aquel beso largo, interminable, que se dieron.

La comitiva desfiló, constituyendo todo ello el más sensacional acontecimiento que en la ciudad se había dado desde muchos años antes.

De los Almacenes "El Emporio", Madame Louise y su agradable cortejo se dirigieron al hotel en que debían hospedarse, precedidas por el Ayuntamiento en corporación y los socios y directores de aquel establecimiento, celebrando con un campaña de honor la triunfal llegada.

La noche de la exhibición de modelos, toda la buena sociedad de Clarión y de algunas ciudades vecinas hallábase reunida en los Almacenes "El Emporio".

El local ofrecía un esplendoroso aspecto, sólo comparable a una noche de recepción en los regios salones de los zares, aunque la concurrencia no se distinguiera precisamente en sus tocados, como en aquéllos. Pero reconocíase unánimemente que el acaudalado Brent había sabido hacerlo todo a maravilla.

Desde el escenario partía un sólido y lujoso tablado, que mezclándose por las butacas describía caprichosos rodeos. Por él debían pasear las modelos con las creacio-

nes de la exaltada imaginación de Madame Louise.

Abriéronse los tapices de oro y seda que cerraban el escenario. Apareció ante los asombrados ojos de los espectadores la espléndida urna de donde fueron saliendo una a una las modelos vistiendo caprichosos trajes. Todos ellos iban precedidos de un título, que evocaba la visión de lo que querían significar:

El Primer Beso
Lluvia de Abril
Noche de París
Pasión
Infanta
Jardín
Bagdad
Ensueño
Pavo real de Plata

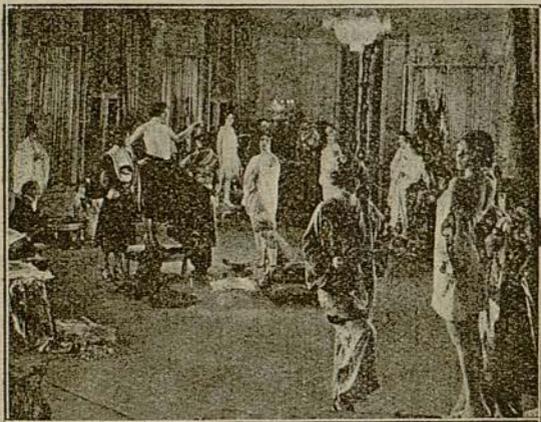
y tantos otros que fueron entusiasmando al público todo, sin excepciones.

Luego un intermedio. A los caballeros se les permitió fumar un cigarrillo, y las damas podían volver en sí de su asombro.

Las modelos pasearon un rato por el salón y con un carnet en la mano no descansaron un momento de contestar, consultar y tomar notas de vestidos...

En uno de los salones, preparado para Madame Louise, hallábase ésta, no que-

riendo ceder a las reiteradas invitaciones que todos la habían hecho de que saliera a ver el fantástico efecto del salón. El motivo de su negativa era muy fundado. Momentos antes de empezar el acto, se pre-



Las modelos pasaron un rato por el salón...

sentó a ella Billy, rápido e inquieto, y le había dicho:

—Colette, quiero decir a usted algo importante. Aprovecharé un momento que quede libre durante la exhibición.

Y madame Louise, después de la escena del tren, esperaba con el corazón henchido

de alegría y esperanza las decisivas frases de amor de su Bilí.

Se abrió la puerta; pero no era él. Juanita entró.

—Madame Louise, voy a casarme en el mes de Junio y deseo que me dibuje el traje de novia.

—¿Su traje de novia? Lo haré con mucho gusto.

Le enseñó uno, ya confeccionado, que Juanita aceptó en el acto. Pero Madame se opuso:

—Este no puede ser, señorita. Este lo he preparado especialmente para mí.

—¿También usted piensa casarse, Madame Louise?

—Sí... He esperado mucho tiempo, pero ahora creo que me casaré muy pronto.

Billy entró en aquel momento. Había aprovechado el momento que quedó libre, y se vió defraudado al ver allí a su novia. Esta le dijo que había ido a escoger el equipo de boda, y luego, dirigiéndose a la modista, agregó:

—Conoce usted ya a mi novio, ¿verdad, Madame Louise?

Una gran desazón y un gran desánimo se apoderaron de la francesa, por cuyos ojos las lágrimas pugnaban por salir en tropel. Empezó a buscar muestras y más mues-

tras, todo con el afán de ocultar su semblante.

Billy tuvo una idea.

—Juanita, me había olvidado decirte que papá quiere hablar contigo acerca de tu nuevo abrigo de pieles.



—Este no puede ser, señorita. Este lo he preparado especialmente para mí.

Con esta ilusión salió presurosa y dejó a los dos enamorados solos. Billy, que había ya enternecido al comprender el martirio de la ex modistilla, la cogió cariñosamente entre sus brazos.

—Cuando te dije que deseaba hablarte una cosa muy importante, era para decirte esto... Cuando regresé de Francia volví a reanudar mi antigua vida... Juanita y yo siempre nos habíamos querido, y nos prometimos a matrimonio.

Estuvieron un rato en pesados silencio. Luego, Billy continuó:

—Yo creo que ella me quiere, y yo me imaginaba que también la quería... Pero ahora comprendo que no es así, que es a ti sola a quien quiero y a quien siempre he querido. ¡Créeme, Clara, te digo la verdad!

—Te creo, Bilí. Y yo también siempre te he querido.

—¿Qué haremos?

—No sé... no sé...

**

Un día más tarde, la envidia había hecho más labor que todos los comerciantes juntos. Algunas damas timoratas y algunos caballeros sujetos a ellas, habían puesto el grito en el cielo. No era posible tolerar tanto libertinaje, ni albergar tanto descoco en la sesuda ciudad de Clarion.

Cierta parte de la prensa había declarado totalmente en contra de Madame Louise. A esto, vino a agravarse la situación, por un suelto publicado en un diario

de Chicago, y según el cual la famosa modista de París huyó a Clarión para evitar el escándalo, producido por el equívoco proceder de sus aventuras.



—...ahora comprendo que no es así, que es a ti sola a quien quiero y a quien siempre he querido.

El Ayuntamiento volvió a reunirse, documentado con todos los recortes de periódicos. Además fué llamado el señor Mc. Gregor, para que se enterase de sus decisiones.

Habló el alcalde.

—Caballero, esto no puede tolerarse...

Aquí hay recortes de periódicos que prueban, de una manera concluyente, que albergamos en nuestra ciudad a una mujer de dudosa conducta. Y yo estoy aquí para decirles que estoy decidido a echarla de Clarión.

Levantóse Mc. Gregor, quien viendo las de perder, con acento compungido dijo:

—Lo que he hecho no tiene perdón, lo reconozco.

Y lamentándolo en el alma por el negocio que se le escapaba, continuó:

—Lo único que puedo hacer para probarles mi arrepentimiento, es anular su contrato y echarla del pueblo.

Con esto quedó contento el concilio, y se decidió, en vista de las manifestaciones del señor Mc. Gregor, no adoptar ninguna otra determinación.

Mientras tanto, aprovechando la visita de las modelos, habíase organizado un baile en un café, donde entre éstas y el elemento joven de la localidad se celebraba bulliciosamente el éxito del día. El alcohol hizo su efecto. Y por una mirada torcida y unas palabras mal interpretadas, riñeron furiosamente dos muchachos, resultando uno de ellos herido de cierta gravedad.

Poco tardó su madre en saber la noticia y mucho menos en propalarse por toda la ciudad.

Y mientras aquella voz corría de boca en boca cual llamarada que sigue un reguero de pólvora, en el hotel donde se hospedaba la modista también ocurrían incidentes dignos de mención.

En el mismo pasillo que Madame Louise tenía su habitación el sub-gerente de "El Emporio", Allan Stone.

Con toda clase de precauciones para no ser vista Juanita subió la escalera que conducía a las habitaciones superiores. Llamó discretamente en la de Allan Stone y se introdujo en ella sin más preámbulos.

Creyó, sin duda, que nadie la había visto, pero no era así; una de las señoritas modelos de Madame Louise se dió cuenta de toda la operación, reconociéndola, además, como la hija del dueño de "El Emporio". Inmediatamente fué a decírselo a la modista francesa, hallándola hecha un mar de lágrimas por la pérdida de Billy, su único amor.

Cuando se enteró de que Juanita había entrado en aquella habitación, sobradamente conocedora de que la persona que la habitaba era Stone, tuvo el presentimiento de que Billy era engañado vilmente por su prometida. No obstante, ésto la serenó. Pensó que podía ser el principio de su felicidad.

Vestía una amplia bata, y como para ha-

cer lo que quería no tenía tiempo para perder, así salió de su habitación y se dirigió a la vecina de Allan Stone. Abrió la puerta y se coló rápida en el aposento, sorprendiendo a los amantes fuertemente enlazados. Stone se indignó y se precipitó sobre aquella mujer que seguramente pretendía labrar su desgracia y la de su amada. Pero se contuvo ante el gesto conciliador de la modista, quien dijo dirigiéndose a Juanita:

—Señorita, ¿es éste el hombre a quien usted quiere?

Y ante la afirmación que la hiciera Juanita con la cabeza, mientras los sollozos pugnaban por escaparse de su pecho, la dijo:

—¿Por qué no lo dijo usted antes? También Billy y yo nos queremos, y él no se lo quería decir porque tenía empeñada su palabra con usted.

Aquel fué un momento de intensa satisfacción para todos los que estaban presentes. Faltaba Billy, y Clara se aprestaba a salir, gozosa, para darle la buena noticia, cuando unos recios golpes dados contra la puerta y la potente voz de August Mc. Gregor les hicieron a todos poner el semblante de espanto.

Las dos muchachas se escondieron en la habitación en que dormía Stone, mientras Juanita, temerosa, decía:

—¡ Mi padre! ¡ Si me encuentra aquí me matará!

Entró Augus, fruncido el ceño y con los ojos lanzando chispas. Sabía que la modista estaba allí, y allí fué a buscarla, y extrañado de no verla en la habitación, dirigió sus pasos a la contigua, cuando se abrió la puerta de ésta y apareció Madame Louise en el umbral.

—Conque ¿ estaba usted aquí, víbora?

Las palabras salían a borbotones de su boca.

—Todos los periódicos de Chicago hablan de sus escándalos... Y la prueba de que estos periódicos dicen la verdad, no puede estar más a la vista: usted, en la habitación de mi apoderado...

Con la cabeza baja y dispuesta a beber hasta la última gota de hiel del sacrificio, para no deshonorar el nombre de Juanita, salió la modista de la habitación. Afuera la esperaba una multitud enardecida, que había invadido el hotel con el propósito de hacerla marchar rápidamente; pero ahora, sabedores todos de que había ido a la habitación de Stone, seguramente con propósitos poco loables, la emprendieron con ella a insultos y empujones.

Augus Mc. Gregor quedóse en la habitación para recriminar a su apoderado por su poca delicadeza, cuando observó, asom-

brado, que sobre un sofá había el caprichoso abrigo de pieles que había comprado el día antes a su hija. Estaba seguro de que en todo Clarión no había otro como aquel. Como una visión pasó por su mente cuanto acababa de ocurrir. Comprendió. Con los ojos llorosos y mesándose los cabellos por el dolor, dijo a Stone:

—¡ Dile a mi hija que salga!

Salió ésta, y arrodillada ante su padre le suplicó:

—No he mancillado tu nombre, padre. Por quien siento amor es por Allan y no por Billy... Perdóname.

Padre al fin, comprendió que no se puede, que no se debe obligar a los hijos a amar contra su voluntad. No sabía, empero, si perdonar la vejación, cuando oyó los gritos de la muchedumbre que pretendía lynchar a la modista de París, ella, la buena, ella, la noble, ella, la santa, que había sabido sacrificarse por su hija. Salió disparado para contener a las turbas. Cuando llegó ya estaba Clara desfallecida en brazos de Billy, quien, enterado de lo que se pretendía hacer con su adorada "midinette", dirigióse presto al hotel en que ella se hospedaba, para evitarla el disgusto. Cuando llegó ya la multitud la apaleaba sin compasión. A fuerza de brazos y puños abrióse paso hasta ella, y ahora la retenía contra

su pecho, mientras pugnaba por salir de aquel remolino de gentes enardecidas, que pretendían lacerar su preciosa carga.

El viejo Mc. Gregor hizo sentir su voz y tras un elocuente discurso logró calmar los ánimos convenciendo a todos de que sólo una mala interpretación de nombres había sido la causa de que se creyera culpable a la inocente modista de París.

Cuando ya estuvieron reunidos todos en su casa, le dijo a Clara:

—Perdóneme, señorita. Me precipité un poco...

Y viendo el estado de postración en que la habían dejado los golpes recibidos, continuó:

—Pero yo me encargaré de reparar el mal que le he hecho.

Y luego dirigióse a su hija, dándole su consentimiento para casarse con Stone, el hombre amado.

*
**

El final de todo fué una de las muchas consecuencias de la guerra...

Un matrimonio... felicidad. Un nene rubio, con los ojos azules... mucha felicidad.

Tal fué el cuadro que ofrecían, pasados unos meses, el ex oficial y la ex midinette parisiense.

FIN